

# A propósito de algunas reflexiones sobre educación y políticas de exclusión en Colombia

**Álvaro Acevedo Tarazona**

**D**esde hace casi cinco siglos en Iberoamérica, cuando se impusieron conceptos como *descubrimiento, conquista, civilización, colonia, pureza de sangre, honor, casta, color, chusma, bastardo*, por citar únicamente algunos, hasta nuestros días cuando nos enfrentamos al menosprecio de la dignidad humana y a la violación de los derechos fundamentales, podemos confirmar que no sólo Colombia sino América Latina en general son un abigarrado escenario de procesos excluyentes y de amplios sectores sociales de excluidos.

Sin embargo, la agenda de esta reflexión trasciende el ámbito latinoamericano para inscribirse en un problema global ya señalado magistralmente en el Siglo XIX en la universal obra de Víctor Hugo, *Los miserables*, y en la actualidad por el Nobel de Literatura en 1998, José Saramago, en su trilogía *Ensayo sobre la ceguera, Todos los nombres y La caverna*.

Desde la literatura hasta los ensayos y textos más especializados como los de Tzvetan Todorov en su libro *La Conquista de América: el problema del otro*<sup>1</sup> o de David Sibley en su libro *Geographie of exclusion*<sup>2</sup>, se ha tratado al tema de la exclusión para mostrarnos que es un vasto campo de estudio que puede ir desde los sentimientos, los sistemas normativos de control, los espacios (el hogar, la localidad, la nación) hasta la educación, los radicalismos o la vida urbana. En general, el paisaje humano puede ser leído como un paisaje de exclusión en la historia de la cultura; y hoy, más que nunca, definido y controlado por los grandes centros de poder e información.

---

<sup>1</sup> TODOROV, Tzvetan. *La Conquista de América: El problema del otro*. México: Siglo veintiuno, 1996.

<sup>2</sup> SIBLEY, David. *Geographies of exclusion*. New York : Routledge, 1995.

Un repaso a este problema sólo por algunos de los escenarios de la vida colombiana ya es un amplio campo de estudio que nos invita a reflexionar. Desde el primer momento de la Conquista, por ejemplo, el mestizaje social y cultural en Latinoamérica se constituyó en un prejuicio racial de aceptación universal para referirse al indio como perezoso y bruto, al mestizo como conflictivo y a los pardos como penderos y borrachos<sup>3</sup>. El oprobioso engranaje de sometimiento y de sobrevivencia al que fuera sometido el mestizaje social condujo a un mayoritario sector de esta población a asumir prácticas de sincretismo, de marginación o de rechazo a cualquier huella que le vinculara con un pasado indígena o africano que a los ojos de la nueva sociedad era motivo de repudio o exclusión.

No menos cierto fue que las desventajosas contiendas entre europeos e indígenas y las alianzas entre estos últimos para someter a otros pueblos, así como los suicidios colectivos de estos para no caer en manos de los conquistadores, los sistemas de explotación a que fuera sometida la población indígena y negra o las epidemias, se constituyeron, entre otros, en largos procesos violentos y excluyentes de endoculturación en los que los vencedores obligaron, incitaron o indujeron a las nuevas generaciones a adoptar sus modos de pensar y comportarse.

El gran dolor de cabeza de las autoridades españolas durante el período colonial consistió en «poner en orden y policía cristiana» a la población mestiza, a la que denominaban como grupos de ‘bribones y holgazanes sin ley ni orden’. Por tal razón, en el período colonial, frecuentemente se puso en duda el estatus del mestizo respecto de la función y actuación que debía cumplir. De la misma manera, en el transcurso de los años, cuando la colonización se incrementó hacia todas las regiones de América Latina, al prejuicio racial se vincularía otro de igual o mayor magnitud y de

desafortunadas consecuencias: la réplica casi exacta, por parte de los pobladores de las nuevas tierras *avecindadas*, de las estructuras sociales, jerarquías y prestigios de España. La preeminencia de estos comportamientos, entre los mismos *avecindados* y la poblaciones vecinas, tal vez válidos y funcionales en otros contextos, en los territorios americanos radicalizaría las jerarquías espaciales en consideración al poder y rango: Pamplona, Vélez, Popayán o Santafé en un primer plano; en un segundo, Girón, Cartago o Mariquita y así sucesivamente en las villas, parroquias y pueblos de indios, según los *fueros* adquiridos y las tradiciones heredadas<sup>4</sup>. Un verdadero lastre, por demás, para las épocas republicana y actual en las cuales el enfrentamiento vertical de las clases dio paso a uno mayor de solidaridades regionales sustentadas en la exclusión de otras.

Germán Colmenares ha sido uno de los historiadores quien con mayor claridad ha señalado la importancia de investigar las implicaciones políticas y psicológicas de una sociedad como la granadina la cual llevaba a cuentas el oprobio de sus raíces aborígenes y africanas; pero también de la sociedad republicana, como lo propone en uno de sus libros más conocidos, *Las convenciones contra la cultura*, cuando expresa que “no se requiere hurgar demasiado en los textos historiográficos del Siglo XIX para encontrarse con una hostilidad manifiesta hacia lo más autóctono americano, hacia lo indígena y hacia las castas”<sup>5</sup>.

Sin embargo, pese a que el problema de la exclusión ha transversalizado la historia de la sociedad colombiana y latinoamericana en general, para los investigadores sociales aún es muy difícil entender el gran conjunto de problemas de esta temática, por los complejos procesos de endoculturación que se han presentado a lo largo de una historia de marcadas rupturas y discontinuidades y por esa

<sup>3</sup> COLMENARES, Germán, *Varia: Selección de textos*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo, 1998. p. 69-70.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 58-59.

<sup>5</sup> COLMENARES, Germán. *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá: Tercer Mundo, 1987. p. 78.



especie de comportamientos, silencios y aceptaciones excluyentes que a diario encontramos en las relaciones de la educación y la vida cotidiana.

### **Una educación para iluminados**

La exclusión no sólo operó de manera dramática sobre los vencidos. Los denominados vencedores también, en muchos casos, debieron arrostrar la carga de tales prácticas. Ya establecido el nuevo orden social, por ejemplo, quien no tenía ciertos 'requisitos de sangre' no podía ingresar a un centro de estudio; más aún si se trataba de educación superior. Y aunque han transcurrido un par de siglos de legislación para anular estas prácticas, no es un secreto que en Colombia, como en América Latina, todavía predomina una educación elitista y excluyente por la incapacidad económica de grandes grupos sociales para acceder a la universidad, incluso a la educación básica y media.

De otra parte, en la universidad, tanto pública como privada, aún se presentan prácticas culturales de exclusión; claro, si bien actualmente no se exige pureza de sangre a quien ingresa a un centro de educación superior, sí se nota cierta discriminación hacia grupos étnicos minoritarios (negros, indígenas), grupos sociales de escasos recursos, hacia el género, homosexuales, orígenes regionales, filiaciones políticas, tendencias de pensamiento y hábitos, lo cual también denota la gran zanja existente en nuestro país en cuanto a los principios mínimos de democracia y de tolerancia que se requieren para construir una cultura de paz.

De los estudios colombianos más conocidos acerca de la exclusión en la educación superior, se podría referir el trabajo, ya hace algunos años publicado, de Francisco Leal Buitrago<sup>6</sup> quien se propuso recuperar la memoria histórica de

las expresiones políticas de la juventud universitaria de las décadas de los años sesenta y setenta en sus luchas por la autonomía universitaria. El autor hace una sistematización de los periodos de formación, auge y declinación del movimiento estudiantil en el ámbito nacional y muestra cómo éste fue una expresión de las necesidades de los sectores medios urbanos por encontrar vías emergentes para la participación política y su necesidad de insertarse en las estructuras productivas del Estado. No se puede olvidar que en aquellos años apenas se daba comienzo al sistema universitario del país, además que acceder a éste era todavía un privilegio de marcadas connotaciones sociales y económicas.

Estudios como los de Renate Marsiske para Latinoamérica y de Mauricio Archila<sup>7</sup>, Ivon Le Bot, Rosa Briceño y Francisco Leal Buitrago para Colombia, también confirman la presión de sectores sociales medios en la formación de protestas y movilizaciones estudiantiles con fines de insertarse en el sistema productivo y adquirir un prestigioso ascenso social.

Un estudio importante como el de Renate Marsiske, por citar uno del ámbito latinoamericano, presenta un análisis comparativo entre Argentina y México con el fin de estudiar la incidencia del movimiento universitario de Córdoba y la presión de las clases medias para democratizar la educación superior, particularmente en un país como Argentina en el cual los inmigrantes lucharon por reformas que les permitieran insertarse en el medio productivo y ascender en la escala social<sup>8</sup>. Para el caso colombiano, Mauricio Archila también señala que han sido los sectores medios de la sociedad quienes han presionado por reformas democráticas en el ámbito universitario, pese a su heterogénea composición, expresiones coyunturales e intermitente organización<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> LEAL BUITRAGO, Francisco. La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase. En: VARIOS. Juventud y política en Colombia. Bogotá: Fescol, 1984. Pp. 154-204.

<sup>7</sup> ARCHILA, Mauricio. Entre la academia y la política: El movimiento estudiantil en Colombia, 1920-1974. En: MARSISKE, Renate. Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina. México: Centro de Estudios sobre la Universidad, 1999.

<sup>8</sup> MARSISKE, Renate, op. cit.

<sup>9</sup> Ibid, pp. 158-159.

Es indudable que en el campo educativo colombiano la exclusión ha pervivido en la larga duración. En la segunda mitad del Siglo XIX, por citar otro matiz del problema, las reformas a la educación superior y la posibilidad de un acceso más democrático a ésta no tuvo la aceptación de los estamentos tradicionales, pese a los esfuerzos promovidos por los sectores más reformistas. Tal vez el mayor sinsabor de este impulso a la educación superior se presentó en la capital, en la Universidad Nacional, cuando a los pocos años de su creación, en 1867, se originaron lesiones a su autonomía al intentar imponérsele textos para los estudiantes, paradójicamente por el mismo liberalismo que había sido su principal promotor<sup>10</sup>. En menos de cinco años el proyecto del libre examen y educación laica perdió su primera batalla por las disputas ideológicas, pero en lo fundamental por la tácita exclusión de los ‘líderes ilustrados’ y ‘guías de la revolución’ quienes se autoproclamaban conductores de la sociedad y se sentían “iluminados por los beneficios de la razón” para decidir por los textos que debían leer sus ‘inferiores’<sup>11</sup>.

No es extraño, entonces, que estas concepciones ilustradas, excluyentes y legitimadas desde ‘arriba’, hayan permanecido ancladas durante tanto tiempo en la cultura política colombiana. Sólo hasta 1930, por primera vez, se comienzan a dar tímidos pasos por desarrollar una cultura nacional moderna con propósitos de transformar la educación, entre los cuales se promovía dar acceso educativo a sectores sociales hasta ahora marginados y formar una mano de obra calificada a partir de la dignificación del trabajo docente<sup>12</sup>.

Pero, pese a este esfuerzo por ampliar la cobertura educativa en la universidad, por

ejemplo, a las prácticas culturales como la de la ‘doctoritis’, que ya ha hecho carrera en el país y que presenta distintos matices según la universidad a la que se asista, hoy se agrega una dificultad mayor caracterizada por el estado de postración en la cual han dejado a la educación superior las políticas gubernamentales, incapaces, hasta el momento, de unificar un sistema universitario público y privado y de encontrar soluciones para cerrar la brecha entre las capas superiores y medias y aquellas de escasísimos recursos para las cuales la universidad es más que un lujo.

### **De política y exclusión: una desgastada fórmula de hacer política en Colombia**

Es evidente que en Colombia la forma de hacer política ha sido excluyente. Señalemos dos casos significativos, de seguro mejor y más ampliamente estudiados por los especialistas, sólo con el fin de entretener las ideas de estas líneas. La Guerra de los Mil Días, la más prolongada y devastadora de las guerras civiles de Colombia, precisamente estalló en 1899 como consecuencia de la exclusión regional y política que habían hecho los conservadores a los liberales del gobierno, dejándolos en el total ostracismo político; pero también por la caída de los precios del café desde 1896, que había deprimido las zonas cafeteras de Santander y Cundinamarca y había dejado un significativo número de personas en bancarrota sin posibilidades de recuperación.

Otro caso significativo es el pacto *frentenacionalista* entre liberales y conservadores, alcanzado en 1957, con el propósito de sacar a Rojas Pinilla del poder, y el cual condujo al país hacia una fórmula de alternación cada cuatro años en el gobierno,

<sup>10</sup> Ezequiel Rojas, liberal, originó un debate en el Senado al proponer que fuesen acogidos para la cátedra de filosofía los textos de Destutt de Tracy y Jeremías Bentham, pese a la oposición conservadora, de la Iglesia y del propio rector de la universidad, Manuel Ancizar y José María Samper, profesor de la misma. Finalmente los textos se impusieron propiciando la renuncia de Ancizar quien defendía su derecho de utilizar en esta cátedra un manual que había redactado él mismo siguiendo los principios de Víctor Cousin.

<sup>11</sup> No hay duda de que la educación superior en Colombia y en general en América Latina fue un mecanismo de exclusión. En Venezuela, por ejemplo, para obtener un título universitario el aspirante debía ser hijo legítimo con pureza de sangre y pertenecer a una clase social alta que le permitiera cancelar de \$200 a \$500 por sus estudios. Según algunos políticos del Siglo XIX, era necesario poseer estos requisitos para ingresar en el ejercicio activo de la política, puesto que los mejor capacitados eran también los más aptos para laborar en ella, que entre el común de la gente eran vistos como “iluminados por los beneficios de la razón”, ver ANCIZAR, Manuel. Lecciones de psicología. Bogotá: Imprenta del Neogranadino, 1851. Pp. I-II. Esta tesis de la exclusión en América Latina se encuentra muy bien desarrollada por LOAIZA CANO, Gilberto. La formación de la cultura política de la exclusión en América Latina durante el Siglo XIX. En: RESTREPO, Gabriel. Cultura, política y modernidad. Bogotá: CES, 1998.

<sup>12</sup> LE BOT, Ivon. Educación e ideología en Colombia. Medellín: Lealón, 1985. pág. 20.



durante 16 años, que excluyó a otras fuerzas políticas para entrar en el libre ejercicio de la democracia y llevó a otras por la vía de la confrontación armada. Razón tiene Marco Palacios cuando argumenta que después de la primera etapa de violencia en Colombia (1948-1953), la clase dirigente “desertó de su función de dirigir la sociedad para dedicarse a controlar el Estado”<sup>13</sup>.

La lógica oligárquica del pacto bipartidista del Frente Nacional generó nuevas formas de autoritarismo, de conflicto y de violencia. También excluyó a amplios sectores de la sociedad de las decisiones centrales del Estado y dio pie a prácticas de represión de las disidencias políticas, así como creó mecanismos de contención y absorción de las protestas populares mediante la violencia y redes de patronazgo y clientelismo. En definitiva, con el Frente Nacional siguió operando una lógica de exclusión entre los partidos, entre las mismas adscripciones partidarias y, por supuesto, entre la sociedad colombiana.

Es cierto que la dinámica política colombiana ha estado canalizada por un sistema de partidos sustentado en un bipartidismo sin ningún tipo de confrontación democrática, lo cual le ha dado al conjunto del sistema de partidos una orientación centripeta y poco proclive a estimular la participación electoral<sup>14</sup>. A pesar de sus buenas intenciones, los modelos de desarrollo colombiano han excluido importantes grupos de sus beneficios. Las políticas reformistas, en buena medida, no han tenido cobertura real en amplios sectores sociales, tendiendo incluso a empeorar. El proceso de consolidación del Estado-nación es una extraña mezcla de políticas de acumulación y de redistribución, las cuales en los últimos

tiempos han estado marcadas por los discursos neoliberales, cuya tendencia ha sido priorizar la acumulación y minimizar su redistribución. Los altos niveles de pobreza y de indigencia que hoy día existen en Colombia son una evidencia de ese acumulado histórico de exclusión socioeconómica y regional<sup>15</sup>.

De otra parte, también es cierto cuando se argumenta que las propuestas de salida a la crisis colombiana, que pusieron un gran acento al comienzo del último decenio del Siglo XX en lo institucional, se dieron dentro de una dicotomía: de una parte, la búsqueda de reconstrucción de un orden político que fuera más incluyente y, de otra, una modernización económico-social que terminó siendo altamente excluyente. La Constitución de 1991 surgió como respuesta a la aguda crisis de violencia que ya se padecía en el país desde la década de los ochenta, pero los beneficios de la misma no han sido suficientes para desarrollar una cultura de paz y justicia social de completa cobertura hacia las regiones, subregiones y los sectores más marginados de la población colombiana.

Y no menos cierto es cuando se dice que los problemas centrales de la democracia colombiana han estado atravesados por una serie de dimensiones laberínticas: se trata de fortalecer las instituciones de la democracia política representativa, incluidos los partidos políticos, de un lado; resolver el conflicto político armado, de otro; lograr espacios de participación económica y social para las grandes mayorías, de un tercero, y finalmente desarrollar mecanismos de una cultura democrática que permitan romper con la tradición de violencia como forma privilegiada de resolución de conflictos y posibilitar así la construcción de un orden social, política y socialmente incluyente.

<sup>13</sup> PALACIOS, Marco. *Parábola del liberalismo*. Santafé de Bogotá: Norma, 1999. pág. 81.

<sup>14</sup> VARGAS VELÁSQUEZ, Alejo. La democracia colombiana tratando de salir de su laberinto. En: *Reflexión Política*. No. 3 (2000).

<sup>15</sup> El problema de la llamada exclusión regional se ha asociado a los procesos de construcción del Estado-nación, aún cuando es pertinente señalar que cuando se habla aquí de exclusión no se asume la posición que entiende la sociedad como una suma de partes separadas, ni la perspectiva funcionalista y armónica de la vida social a la cual es necesario integrar a los excluidos. En su lugar, la exclusión se entiende como un campo dinámico de relaciones y de prácticas socialmente estructuradas. En esta perspectiva, la exclusión puede ser ejercida por diversos actores para eliminar física, simbólica o espacialmente todo tipo de diferencia política o de oposición a propuestas de desarrollo económico, político o social; expresión, sin duda, de una cultura intolerante y dogmática en sus actuaciones; ver: DECHAMPS, Iván. *Quelques réflexions critiques à propos du couple intégration-exclusion*. En: *Les transparences de la démocratie*. Bruxelles: 1994.

Pero esto que se ha proclamado de manera discursiva no ha tenido correspondencia con las prácticas institucionales y ha estado altamente condicionado por unas políticas económicas que promueven y reproducen la exclusión.

### **La exclusión: un problema de todos**

Las promesas de interacción a distancia y la saturación de información coexisten con la tendencia a la exclusión, la pérdida de cohesión y la desigualdad en el interior de las sociedades nacionales. La cohesión social no sólo se encuentra amenazada por abajo, vale decir, por los efectos de la exclusión, que en América Latina afectan a una proporción muy alta de la población. Como contrapartida, también en el sector social de mayores recursos se observan actitudes que van en sentido contrario a la cohesión. Las elites tienden cada vez más a autoexcluirse de la vida ciudadana y a refugiarse en territorios amurallados. No interactúan con otros grupos en la ciudad, salvo en calidad de empleadores o directivos en las empresas; generan y pagan sus propios sistemas educativos y priorizan sus vínculos con pares de otros países frente a la opción de vincularse con la sociedad propia.

Deberíamos estar de acuerdo con Martin Hopenhayn por los argumentos que nos han permitido llegar hasta aquí y, sobre todo, cuando define la exclusión como una “situación en que se padecen mayores iniquidades en los diversos subsistemas de la sociedad, desde los ingresos laborales hasta la educación y desde el acceso al conocimiento hasta el acceso a servicios básicos”<sup>16</sup>. De modo que una mayor igualdad de oportunidades previene contra la exclusión y la discriminación en el futuro, y, por tanto, inhibe factores de pérdida de cohesión social.

Asimismo, las políticas de igualdad deben asociarse al criterio de no-discriminación. Esto incluye a su vez políticas para grupos de mayor vulnerabilidad respecto a la discriminación

étnica de que son objeto y también frente a otros grupos de mejor nivel socioeconómico, cultural y de género. Las políticas contra la discriminación de la diferencia, que promueven derechos civiles, políticos y culturales, deben complementarse con políticas sociales focalizadas hacia aquellos grupos que se encuentran más discriminados y en condiciones más desventajosas para afirmar su especificidad, satisfacer sus necesidades básicas y desarrollar capacidades para ejercer su libertad.

Este tipo de discriminación debe ser analizada con cuidado para contrarrestar sus efectos y extender los derechos básicos a quienes menos los poseen. Pero esto no sólo se refiere a derechos sociales como la educación, el trabajo, la asistencia social y la vivienda; también a los derechos de participación en la vida pública, de respeto a las prácticas culturales no predominantes, de interlocución en el diálogo público, etc.

En suma, se deben dirigir las acciones hacia la construcción de un concepto de multiculturalidad y del derecho a la diferencia, sin que ello avale condiciones de producción y reproducción de la exclusión en todos los ámbitos culturales. Escenarios en los cuales la pedagogía, la comunicación y la ciencia política con sentido histórico pueden jugar un papel fundamental no sólo como mediadoras sino como campos disciplinarios críticos para pensar e imaginar nuevas formas de construcción de futuro<sup>17</sup>.

Como bien lo señala Saramago<sup>18</sup>, la globalización puede ser utilizada como un concepto para afirmar la integración de la sociedad planetaria pero también encubre una especie de uniformidad que niega la diferencia, nos incomunica y excluye, pese a que hoy como nunca antes tenemos todas las posibilidades, pero no la voluntad política para integrarnos.

<sup>16</sup> HOPENHAYN, Martín. Ciudadanía e igualdad social: La ecuación pendiente. En: Reflexión Política. No. 3 (2000).

<sup>17</sup> MARTÍN-BARBERO, Jesús. Aventuras de un cartógrafo mestizo en el campo de la comunicación. En: Revista Latina de Comunicación Social. No. 19 (julio de 1999).

<sup>18</sup> ZAMBRANO, Andrés. Entrevista. Saramago en cruzada contra la globalización. En: El Tiempo: (25, febrero, 2001); p. 2-3.



## Bibliografía

ANCÍZAR, Manuel. Lecciones de psicología. Bogotá: Imprenta del Neogranadino, 1851.

MARTÍN-BARBERO, Jesús. Aventuras de un cartógrafo mestizo en el campo de la comunicación. En: Revista Latina de Comunicación Social. No. 19, julio de 1999.

ARCHILA, Mauricio. Entre la academia y la política: El movimiento estudiantil en Colombia, 1920-1974. En: MARSISKE, Renate. Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina. México: Centro de Estudios sobre la Universidad, 1999.

COLMENARES, Germán, Varia: Selección de textos. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo, 1998.

COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Bogotá: Tercer Mundo, 1987.

HOPENHAYN, Martín y OTTONE, Ernesto. Ciudadanía e igualdad social: La ecuación pendiente. En: Reflexión Política. No. 3 (2000).

LEAL BUITRAGO, Francisco. La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase. En: VARIOS. Juventud y política en Colombia. Bogotá: Fescol, 1984.

LE BOT, Ivon. Educación e ideología en Colombia. Medellín: Lealon, 1985.

LOAIZA CANO, Gilberto. La formación de la cultura política de la exclusión en América Latina durante el Siglo XIX. En: RESTREPO, Gabriel. Cultura, política y modernidad. Bogotá: CES, 1998.

PALACIOS, Marco. Parábola del liberalismo. Santafé de Bogotá: Norma, 1999.

SIBLEY, David. Geographies of exclusión. London: Routledge, 1995.

VARGAS VELÁSQUEZ, Alejo. La democracia colombiana tratando de salir de su laberinto. En: Reflexión Política. No. 3 (2000).